



The Episcopal Diocese of Long Island

BROOKLYN • QUEENS • NASSAU • SUFFOLK

Sermón para el sexto Domingo de Pentecostés

12 de Julio, 2020

Reverendísimo R. William Franklin

Obispo asistiendo de Long Island

En el nombre de nuestro amado Dios, Amén.

La lectura del evangelio que acabamos de escuchar es la parábola del sembrador, pero hoy me gustaría llamarla la parábola de las semillas. Este tiempo en el que estamos viviendo es un tiempo de semillas. ¿Qué pasa si las semillas que sembramos son buenas y qué pasa si son malas?

Quiero hablar de las semillas y de nuestro ADN; mi propio ADN creciendo en el Sur de Estados Unidos. Mi tiempo como obispo diocesano en Buffalo. Nuestro ADN como nación, que ha dicho una cosa y ha hecho otras cosas a la gente de color. Nuestro ADN como cristianos y el ADN de esta diócesis a partes iguales, belleza trascendente y trabajo por la justicia que nos equipa de manera única para liderar la lucha por un mundo que se parece al sueño de Dios, no a la pesadilla de odio e injusticia que a menudo hemos creado.

Digo esto mientras lloramos la pérdida de 120,000 americanos por COVID-19, mientras nos enfrentamos al colapso económico, y mientras los americanos blancos y negros juntos dicen no más a la muerte de la gente de color a manos de la policía.

Solo tenemos que prestar atención a los medios de comunicación o caminar afuera, y escuchamos esto. Las calles están hablando. Tienes que escucharlos.

Crecí en la década de 1950 en Mississippi, tal vez el epicentro del racismo en Estados Unidos. Creo que había una tensión de abolicionismo en nuestra familia, incluso antes de la guerra civil.

En 1956, en nuestra ciudad de Brookhaven, un hombre negro caminó hasta el tribunal, con la intención de votar por Dwight D. Eisenhower como presidente de los Estados Unidos. Mientras ponía los pies en las escaleras del tribunal, un hombre blanco lo mató a tiros. Y nunca se hizo nada al respecto. Esto enfureció a mi abuela que era una mujer de profunda fe.

Empezó a invitar a amigos afroamericanos y blancos a su mesa del comedor. Se sentaban ahí y disfrutaban de una comida. Un día, un hombre del Ku Klux Klan llamó a su puerta y le dijo: "Srta. Eddy, debe dejar de hacer eso o saldrá lastimada". Y ella dijo, "No voy a parar". La imagen de esas manos blancas y negras juntas y de su valentía cambió mi actitud hacia la raza a la edad de nueve años.

Avancemos ahora al 2010 cuando fui elegido obispo de la diócesis del Oeste de Nueva York, con sede en Buffalo. La población de la ciudad es 40% negra. Nuestro obispo presidente, Michael Curry creció ahí en la Iglesia de San Felipe en Buffalo, donde su padre era el rector y el obispo Curry fue ordenado diácono en la Catedral de San Pablo en Buffalo. Como obispo a partir de 2011, trabajé duro por la equidad racial en la diócesis que albergaba el racismo.

Uno de los proyectos que más anhelaba era convertir un grupo de iglesias en desuso, en el pueblo al norte de Buffalo, en un centro de servicio para los afroamericanos que vivían alrededor de la iglesia. Obtuve \$750,000 de fundaciones para hacer esto.

La parroquia había sido una vez un centro de la élite blanca y sus descendientes tenían un privilegio al que no querían renunciar. Así que fueron a las autoridades del pueblo y detuvieron mi proyecto. Tuve que devolver el dinero a las fundaciones, una acción que me rompió el corazón.

El domingo por la mañana, una mujer afroamericana vino a la iglesia para el culto y después a la hora del café. En la mesa de café, había una jarra de plata. Empezó a verter crema en su café y una matriarca de la parroquia que se había opuesto a mi proyecto, se acercó a ella, le quitó la crema de la mano y le dijo: "Esa crema no es para ti". Le dio un recipiente de leche en polvo.

Así es como se ve la supremacía blanca. Esa crema no es para ti.

La noción de la supremacía blanca ha sido parte del ADN de nuestra nación desde que los primeros esclavos fueron traídos aquí hace 401 años. Los autores de nuestra Declaración de Independencia, algunos de ellos dueños de esclavos, escribieron documentos que decían que todos los hombres son creados iguales. Sin embargo, en su siguiente documento, declararon que los negros cuentan solo por tres quintas partes de una persona a efectos de las elecciones al Congreso.

Nos hemos dicho que los monumentos a los líderes de la Confederación rinden homenaje al patrimonio del Sur. Cuando en realidad le recuerdan a la gente de color cuál es el verdadero ADN de la nación.

Nos hemos engañado a nosotros mismos que lo separado significa igual. La Iglesia Episcopal comparte esta vergüenza. Mi colega, el Muy Reverendo Kelly Brown Douglas, lo expresa de esta manera: "Éramos la iglesia de los esclavistas. También apoyamos la narrativa de la supremacía blanca".

Como nuestro propio obispo Lawrence Provenzano ha escrito en su carta a la diócesis, la supremacía blanca continúa rompiendo el alma de nuestra nación. El pecado de la supremacía blanca ha robado cualquier afirmación de que somos una gran nación y que nuestra nación está siendo manchada por este odio de la supremacía blanca.

Nuestro ADN como cristianos nos llama ahora a rechazar el racismo y abrazar la diversidad tan obviamente como decimos el Padre Nuestro o celebramos la eucaristía. Esa meta, esa esperanza está incrustada en cada palabra de las cartas del apóstol Pablo. En cada acto y acción de nuestro Señor Jesucristo, está cimentada la esperanza de la unidad y la dignidad de todos.

Desde el principio, la Diócesis de Long Island ha luchado, a veces con éxito, a veces con fracaso, por vivir en ese ADN cristiano con el compromiso, tanto de los grandes lugares de culto como de las grandes acciones de justicia.

En la década de 1860, Abram Littlejohn, que fue el primer obispo diocesano de Long Island quería que la Santísima Trinidad, la pro-catedral, fuera un centro tanto de espléndida adoración y música como de activismo cristiano, en particular el reasentamiento de inmigrantes.

El sucesor como rector de la Santísima Trinidad, Charles Hall había sido un valiente ministro de los esclavos en Carolina del Sur en la década de 1850. Cuando llegó a la Santísima Trinidad en la década de 1880, construyó una alianza con San Agustín, la más antigua parroquia de mayoría negra en Brooklyn. Trabajó para financiar el lugar de culto de San Agustín. Pero como el padre Lawrence Womack, el rector actual me ha dicho: "Si bien había un espacio necesario para mi iglesia y un importante espacio para compartir - lo mejor de la nobleza blanca se opuso - y la junta parroquial finalmente votó para no permitir que San Agustín adquiriera y adorara en ese espacio."

En 1904, John Howard Melish se convirtió en el rector de la pro-catedral y la convirtió en un centro de activismo social. En 1939, su hijo William Howard Melish se convirtió en vicerrector y Melish fue uno de los primeros recaudadores de fondos en el norte para el movimiento de derechos civiles del sur. Era un defensor en contra de la supremacía blanca. Por esta razón, fue investigado por el senador Joseph McCarthy y Roy Cohn. De hecho,

alguien puso un cartel en el exterior de la Santísima Trinidad que decía, "¡Cuidado, predicadores comunistas dentro!"

Pero el joven Melish tuvo la última palabra y de todos los clérigos del mundo, fue invitado a predicar la homilía del funeral en 1963 del gran líder de los derechos civiles, W.E.B. Dubois. Qué honor para esta diócesis.

Para Melish, Dubois era su padre espiritual, un nuevo Elías. Citó estas palabras de Dubois en su sermón,

"Detrás del problema de la raza y el color hay un problema mayor, que lo oscurece e implementa esto, el hecho de que tantas personas civilizadas están dispuestas a vivir con comodidad, aunque el precio sea la pobreza y la enfermedad para la mayoría de sus conciudadanos". Esto sigue siendo cierto.

Nuestra lucha ha continuado en tiempos más recientes. Por un lado, ésta diócesis está preparada para ser líder de la Iglesia Episcopal en el trabajo contra la supremacía blanca. Tenemos docenas de grupos étnicos.

Por otro lado, Long Island tiene una historia de discriminación y pactos restrictivos, que ha mantenido alejadas a las minorías. Cuando nuestra Catedral de la Encarnación en Garden City quiso construir viviendas asequibles, las autoridades de la ciudad rechazaron su plan y dijeron, "No queremos a esa gente en nuestro vecindario".

Quiero compartir otra historia que me contó la reverenda canóniga Cecily Broderick. A partir de 1904, dice, "la diócesis creó tres misiones solo para negros". Una de ellas fue la iglesia de San Juan en Hempstead, una misión negra no muy lejos de la iglesia de San Jorge en Hempstead, una iglesia blanca, que de hecho había sido fundada por la corona inglesa.

En 1956, 11 días antes de Navidad, San Juan se quemó. Los feligreses fueron a varias congregaciones y dijeron, "¿Podemos adorar con ustedes en Nochebuena?" Nadie quería hablar con ellos. Finalmente, San Jorge respondió, "No pueden adorar con nosotros, pero les daremos un pequeño espacio detrás de nuestra cocina, donde podrán tener sus servicios navideños." Se quedaron ahí durante seis meses, pero luego dijeron: "Estamos cansados de esto". Alquilaron un edificio hasta que la diócesis pudo construirles una nueva iglesia en 1966. La madre Broderick se convirtió en su rectora en 1991.

La diócesis ha elegido dos obispos negros sufragáneos, obispos diocesanos negros y estamos bendecidos por la presencia de Daniel Allotey, nuestro colega episcopal que sirve como uno de nuestros obispos asistentes. A uno de esos sufragáneos negros se le pidió

expresamente que no viviera en Garden City en los años 60 y los visitantes minoritarios que aún en los 60 visitaban la catedral a menudo eran seguidos por la policía desde la estación de tren a la [Catedral de la] Encarnación.

El canónigo Glenworth Miles me ha contado esta historia: Una experiencia similar hace años, dijo: "Mi guardián (parroquial) y yo nos habíamos inscrito en una clase en Mercer. Un día, después de la clase, empezamos a conducir de vuelta a Brooklyn, pero me perdí. No podía encontrar el camino a la autopista, así que me detuve y pregunté a algunos residentes: "¿Cómo llego a la autopista? Nos recibieron con miradas de asco. Finalmente, un buen samaritano de una gasolinera local nos dio instrucciones, nos dirigió a la autopista y pudimos volver a Brooklyn".

Martin Luther King creía que el destino de los negros americanos está ligado al destino americano. El Padre Womack me dijo recientemente que el destino americano requiere que ahora trabajemos juntos a pesar del agotamiento de tantos negros en nuestra iglesia trabajando en este tema. Dijo: "Debemos trabajar juntos".

Así que el obispo Provenzano ha descrito algunas formas en las que podríamos trabajar juntos para que nuestro buen ADN cristiano pueda estar activo en nosotros para que podamos redistribuir nuestros recursos que reflejen nuestra oposición a un sistema racializado. Que podríamos hacer una evaluación de las necesidades de la comunidad para escuchar a nuestros vecindarios minoritarios y preguntarles, "¿Cómo podemos ayudarles?" Para que pudiéramos, de hecho, abrir nuestros espacios y permitir a los que están marchando, un lugar para descansar o abrir los espacios interiores de nuestra iglesia para que los jóvenes líderes negros puedan reunirse para planear y pensar y rezar sobre el futuro de su movimiento.

Debemos avanzar en la promoción activa de estos proyectos porque es un momento histórico en nuestro país y para nuestra iglesia. En este momento se nos pide que elijamos entre la liberación de todos o continuar la esclavitud con las ideas que destruyen.

Nuestro ADN como cristianos nos da esperanza esta mañana. Nos da un sentido de propósito y, sobre todo, nos da la voluntad y la sabiduría para buscar la libertad y la justicia para todos.

Las calles están hablando. Tenemos que escuchar.

En el nombre de nuestro amado Dios, Amén.